

San Selerín...

Periódico para los niños

dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente

en

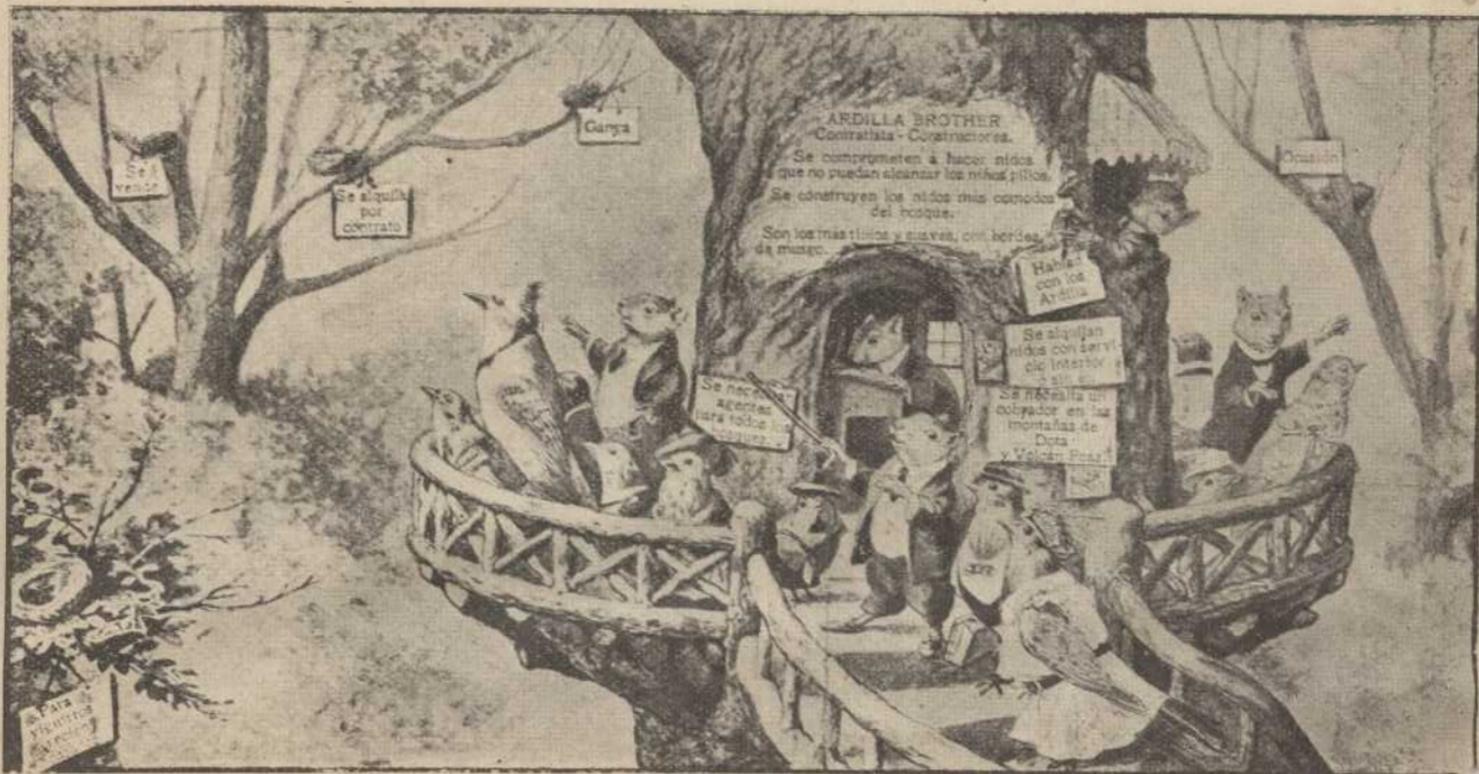
San José de Costa Rica

1.º de agosto de 1912

Toda la correspondencia debe ser dirigida

al Apartado 825

082
51945
CR



Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

SAN SELERIN...

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

CONVERSACIÓN

San Selerín
de la buena, buena fin.
Hacemos los niñitos
así, y así, y así...

Ya tenemos los niños nuestro periódico!

Qué! Os reís?

Pensáis que sólo vosotros podéis ser chiquillos y que yo no tengo también mis horas infantiles a pesar de los años que llevo encima y de todos los versos que he escrito?

Pues estáis muy equivocados. Tan infantil como vosotros soy cuando arrojando a un lado la carga abrumadora de todos los días, grito, corro y salto, y formo rondas con unos amiguitos que tengo muy cerca del corazón, y canto con ellos:

Vamos a la huerta
del toro, toro gil,
a ver a Doña Ana
comiendo perejil.

Pues qué dicha que ya tenemos también nosotros un periódico! Para nosotros solos, que nos hable de juegos

divertidos, que nos cuente cuentos bonitos, que nos enseñe muñecos y nos diga adivinanzas y nos ponga charadas.

Nuestros papás, nuestras mamás y nuestros hermanos grandes pueden quedarse muy sí señores con sus horribles papelotes que hablan de crímenes horrorosos, de pleitos y de otras muchas cosas que no entendemos. Pero noto que no aguantáis la risa al escucharme. Me veis el tamaño y el gesto tal vez ensombrecido, y os acordáis de que *saqué de mi cabeza el noble patria* que os hacen cantar en la escuela, y no queréis creer que soy tan chiquillo como vosotros.

Pues voy a probaros que sí soy.

Sobre la mesa en que escribo y escribo como un tonto, a veces filas de números en unos librotos que os causarían miedo, y a veces artículos rematadamente serios en unos pedazos de papel que mejor empleados estarían en buques y gallitos, tengo siempre un florero con rosas. Encima, suspendido del techo, un aro como esos que sostienen los mosquiteros, pero más pequeño, del cual penden cintas con vidrios en las puntas. Cuando alguna cosa desagradable de los hombres respetables que leen en esos grandes periódicos, me causa tristeza o desesperación, tomo las rosas, las miro, las beso, hasta las muerdo, y suelto a reír contagiado de su frescura y de su aroma. Cuando el cansancio me inclina, y al oír los pasos aperezados de la gente que pasea mientras yo trabajo, siento ganas de rebelarme¹, alargo el brazo,

¹ Encapricharme.

agito las cintas, y suenan los vidrios como campanitas alegres de una fiesta: glin... glin... glin... glin...!

Entonces me imagino que pasa un cochecito invisible a mi lado repicando sus timbres, y que de adentro me dicen las voces de otros niños: adelante, hombre, adelante, que vamos a encontrar la dicha a poco que sigamos corriendo. Y me parece que monto en el carrito, y que me alejo; y todo se me olvida, y sigo tan orondo! Si me vierais entonces, no me negaríais el derecho a participar de vuestros privilegios infantiles.

Antes, no sabía consolarme solo de un modo tan sencillo, y mis melancolías¹ eran rencorosas; pero un consejo dicho al oído cierta noche por otro niño tan grande como yo, me hizo dueño del gran tesoro.

Con él hemos de entretenernos grandes ratos.

BILLO

MI ABUELITA NANA

(PARA MITA NA)

en Atenas

Parece de cera
mi abuelita Nana;
parece que fuera
la dulce Santa Ana.

Un bisnieto pillo
dice que sentada
semeja un obillo
de lana cardada.²

¹ Tristezas.

² Peinada.

Regaña a los niños
que encuentra a su paso;
éstos le hacen guiños,
ya ni le hacen caso.

Recuerda el pasado
y el presente olvida,
y nada ha cambiado
de su santa vida.

Cuenta historias claras
del cincuenta y seis
que por ser tan raras
no se las creeréis.

Tánto que ha pensado,
tánto que ha querido,
tánto que ha llorado,
tánto que ha vivido!

En sus mítchos años
cuántas amarguras,
cuántos desengaños
y cuántas ternuras!

Abuelita Nana,
la del blanco pelo
será usted Santa Ana
que se huyó del cielo?

CYRANO

San Ramón, julio 1912.

LA TORTUGA HABLADORA

Había una vez en una laguna, una tortuga que hablaba mucho. Pueden ustedes imaginar una tortuga que hable? Pues bien, sus vecinos eran unos

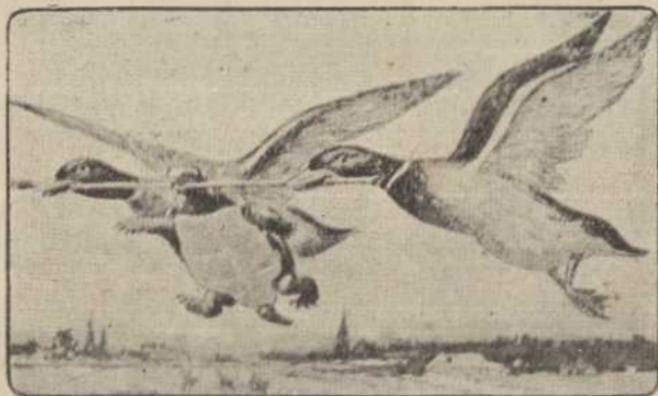


patos y ella gozaba yendo á buscarlos para charlar. Los patos eran únas personas caritativas y la escuchaban con paciéncia.

Sucedió que en un verano se secó la laguna y los

patos pensaron que sería mejor ir a buscar otra que no estuviese seca. La pobre tortuga les pidió la llevarsen con ellos. Pero, qué hacer si la tortuga no sabía volar?

Los patos dijeron: Mire usted, mi señora, coja este palo con la boca y cada uno de nosotros lo tomará de un



extremo. Luego volaremos y la llevaremos á usted. Somos sus amigos y no debemos abandonarla cuando tanto necesita de nuestra ayuda. Pero eso sí, tenga cuidado de una cosa: no hable mientras volamos, porque si no caerá.

Y los patos tomaron el palo por los extremos y volaron, volaron llevando a la tortuga colgada del palo.

Oh! Cómo deseaba la señora tortuga hablar, pero ella recordaba la recomendación y apretaba bien el palo con sus mandíbulas.

Ella quería decir algo de la hermosa vista y de los caseríos que veía muy por debajo.

«Mirad, gritaba la gente: ¿qué hay en el cielo? Oh! Mirad, es una tortuga!»

—Oh! exclamó la tortuga... Cuando ella *volvió en sí* comprendió que estaba tumbada boca arriba, sobre su carapacho, en una plaza.

«Yo se por qué me pasa esto,—decía tristemente



mientras regresaba a su casa, cojeando apoyada en una muleta y con la cabeza y los otros miembros vendados.— Soy muy amiga de hablar, aun en los casos en que se debe estar callado, y eso no está bien. Qué va a estar bien? continuaba, mirando tristemente su muleta.

ROBERTO SEAVER

(Tomado de la revista *Youth's Companion*).

LO QUE DIJO EL LIBRO

Érase una vez un libro que habló con un niño que acababa de recibirlo. Lo que le dijo el libro merece la pena de repetirse:

«No me cojas con las manos sucias porque podrías avergonzarme después, de mi suciedad, cuando otro niño me lea. No me espongas a la lluvia, porque los libros

se constipan¹ lo mismo que los niños. No me pintes con lápiz o con tinta porque estropearás mi apariencia. No apoyes los codos en mis hojas cuando leas, porque me hace daño. No me dejes abierto con las hojas pegadas a la mesa. No coloques nunca entre mis hojas, lápices, ni plumas, ni objetos cuyo grueso exceda² al de un trozo de papel, porque me romperás el lomo. Y cuando acabes de leerme no dobles las hojas a modo de señal sino coloca entre ellas un pedacito de papel y pónme luego acostado para que pueda descansar cómodamente. Recuerda que seguramente tendré que visitar a otros niños después de tí.

Cúidame para que al cabo de algún tiempo no te asustes al volver a verme sucio y viejo; ayúdame a conservarme limpio y yo procuraré que seas feliz y que estés contento.

LA FUGA DEL ELEFANTE

Había en mi casa, sobre una mesa, un florero de porcelana que a mí y a todos los niños de mi edad nos llamaba mucho la atención por lo extraño de sus formas y la viveza de sus colores. Lo constituía un elefante echado que llevaba sobre el lomo, a modo de una caseta como las que se les pone en la India para que trasporten a los cazadores de fieras, el depósito en

¹ Acatarrar.

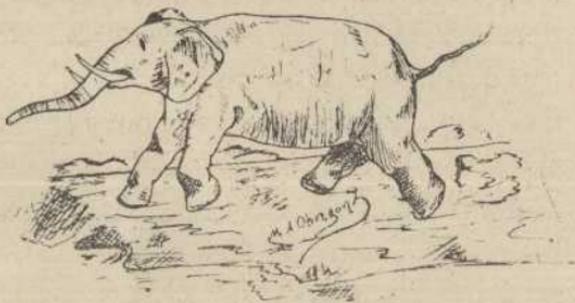
² Sea mayor.

que habían de ser colocadas las flores. Tenía éste una conformación semejante a la de los cubos que suelen usarse para sembrar pacayas, y su color, en parte parecido al de las hojas de esas plantas, cobraba hacia los bordes matices rojizos que le prestaban un aspecto muy alegre.

Lucía el elefante en su cuerpo ricos adornos formados por bandas de las cuales pendían gruesas borlas amarillentas y azules que en la parte del pecho se entrelazaban con descuido, como por obra del viento o de la casualidad, para cubrirlo de un gracioso escudo. En cada uno de sus hermosos colmillos blancos un anillo de color de ámbar oscurecido reflejaba los caprichos de la luz y en las orejas, que eran casi triangulares, exhibía, como las mujeres, argollas de coral en cuya parte inferior se balanceaban temerosas, finas campanitas de oro.

Su posición era la del cansancio, la de la fatiga que produce una larga jornada, pero sin embargo brillaba en sus ojillos blancuzcos cierta ansiedad o cierto deseo curioso de proseguir la marcha para conocer otras cosas y otras tierras... que fueran distintas del antiguo espejo y de los viejos muebles con que había estado siempre bajo el techo crujidor y oscuro de la sala. Su trompa, ceremoniosamente recogida, le hacía aparecer muy serio, tan serio que a mí me imponía un respeto profundo. Yo jugaba con todas las cosas de la sala, menos con el elefante. Me causaba temor lo que pudiera hacerme con su trompa, tal vez con motivo de haber oído leer muchas veces en la escuela la historia aquella del elefante que se vengó terriblemente del daño que le hiciera un sastre.

Pues bien, todas las mañanas, manos cariñosas, manos buenas y queridas colocaban en el depósito bellísimas flores de muchas clases: azucenas semejantes a estrellas blancas cautivas en la extremidad de un tallo, rosas rojas y amarillas de muchísimos pétalos,—que eran como palacios de seda habitados por diminutos abejorros tornasoles;—hojas de pacaya, finas hojas de espárrago y de zacate de limón, claveles, gladiolas, agapantos y que se yo cuántas flores más ni cuales otras hojas raras, que reían constantemente con su risa de perfume y cantaban en las horas de sol la dulce canción de sus colores.



Pero he aquí que una vez para ir a pasar en el campo los meses de verano, aquellos de los papalotes y del viento rebramante¹ y juguetero, aquellos amados meses de vacaciones de bello sol y de cielo hermoso, hubimos de dejar la casa sola y solo el jardín y abandonado el elefante. Trascúrridas las vacaciones, cuando regresamos ya no estaba sobre la mesa de la sala y era difícil descubrir entre el polvo que había tendido sobre ella su áspero velo, las huellas de sus hermosas patas plumizas.

Como yo me pusiera triste por la ausencia del ele-

¹ Que brama.

fante; mi papá me dijo que se había fugado de tristeza también. Que lo había hecho sufrir el verse privado de la amable presencia de las flores, pues que le hacía falta recibir todas las mañanas los suaves besos de su aroma. Y me explicó que había bajado de la mesa saltando a una silla cercana y de allí al suelo para buscar salida. Porque, —agregaba él—acostumbrado a vivir en las selvas libres y a recorrer campos ilimitados, sólo podía resignarse a permanecer quieto en la estrechez de un cuarto, frente a un alto espejo que se complacía en hacerle burla, a cambio de tener siempre sobre el lomo un ramo de flores.

OMAR DENGÓ

LA GARZA BLANCA

Érase una vez una linda garza blanca que vivía en su nido con dos polluelos que todavía no tenían alas.

Cada mañana los abandonaba para ir a buscarles alimento en el hermoso río que corría allí cerca.

Un día, como de costumbre, salió.

Hasta luego, hijitos—les dijo—portáos bien y estáos quietecitos hasta que yo vuelva. Y se alejó volando.

Los polluelos se asomaron al borde del nido y le mandaron besos con las puntas de sus dedos.

—Adiós mamá, vuelve pronto y traenos un pececillo dorado para almorzar.

La garza voló sobre el río y en la corriente tranquila se reflejaba su figura inmaculada¹. Se acercó a la orilla

¹ Sin mancha.

y se posó en una piedra sobre u...

De lejos parecía una gran flor blanca que se me
en su tallo.

—Oh! mis pequeños estarán aguardándome...—se dijo.

Un cazador estaba escondido entre las hierbas altas. Era un hombre que mataba garzas y otras aves de hermoso plumaje, para vender éste a los fabricantes de esos lindos plumeros con que se adornan los sombreros de las damas. Cuando vió la garza alistó su escopeta. Ella miraba el agua tranquila en atisbo del pececillo dorado que le pidieron sus hijos. El cazador disparó y el ave cayó muerta. Al recogerla para guardarla en su bolsa vió una gota de sangre que temblaba en su plumaje blanco.

Entre tanto los polluelos aguardaban a su madre. Pasaron las horas y en vano se asomaron al borde del nido para ver si la divisaban.

Las otras garzas madres pasaron volando con pececillos dorados que llevaban a sus hijos. En los otros nidos había pitidos alegres de bienvenida, sólo en aquel se oía gritos tristes.

Qué hambre tenían, Santo Dios!



o frío y los pobres animales
 que querían quien los calentara. En el cielo brillaba la luna
 blanca y al verla ellos pensaban en su madre.

Tan blanca como la luna era su madre!

Y no volvió. Qué iba a volver si el cazador la llevó
 en su bolsa con otras aves que matara y su cuerpo fué
 despojado de sus brillantes plumas?

La llamaron hasta que no tuvieron fuerzas. Enton-
 ces cayeron en el fondo del nido y allí una mañana los
 rayos del sol que nacía los encontraron muertos. Unos
 meses después una linda niña llevaba en su sombrero
 un plumero blanco hecho con las plumas de la garza
 madre.

No olvidemos que cada manojito de plumas en un
 sombrero significa una ave muerta y un nido de pollue-
 los muertos de hambre y de frío.

Ya que sabemos la triste historia que cuentan las
 plumas que se agitan sobre los sombreros, no permita-
 mos que los nuestros las luzcan.

Al llegar a casa digamos a nuestras madres que no
 queremos plumas en nuestros sombreros.

CARMEN LIRA

LA COMPASION EN LOS ANIMALES

1

Cuando una araña envejece, su goma se espesa, se
 seca y deja de ser dúctil,¹ de modo que el animal no

¹ Que se puede hacer en hilos.